BENVENUTO CELLINI.

(1538.)

Benvenuto Cellini vivia en Roma, hacia cerca de veinte años, produciendo esas maravillosas obras de platería que solo ha sabido crear su cincel, obras que han desaparecido desgraciadamente en su mayor parte, y que le eran entonces encomendadas con profusion por los papas, los príncipes de la Iglesia y los grandes señores que visitaban la ciudad eterna. Fiel servidor de Clemente VII, habia tomado parte en la defensa del castillo de San Angelo, sitiado por el ejército del condestable de Borbon, y el papa habia tenido en él bastante confianza para encargarle desmontar las piedras preciosas del tesoro, y para confiarlas á su guarda durante todo el sitio. Poco tiempo despues grabó para ese mismo pontífice, y luego para su sucesor, las monedas cuyas escasas muestras admiramos hoy, y que rivalizan con todo lo que la antigüedad nos ha dejado de mas bello en su género. Sin embargo, el carácter suspicaz y violento de Cellini le habia creado en medio de todo, grandes y temibles enemistades, sin las que le suscitara naturalmente la rivalidad y la envidia. Sus costumbres eran asunto de escándalo, en una época y en un pais que no dejaban de ser tolerantes en la materia, y las memorias que nos ha legado el célebre artista, no justifican en ningun modo los vicios que le reprochaban sus contemporáneos. Un platero llamado Pompeo, aprovechando una de las ocasiones que Benvenuto daba con harta frecuencia, habia intentado perderlo en la opinion de Clemente VII; pero aunque no logró completamente su objeto, Cellini no era hombre capaz de perdonar una ofensa, y así, en el interregno que se siguió á la muerte de este papa, la primera vez que encontró á Pompeo, aunque fué en medio del dia y en el paraje mas público de Roma, lo dejó muerto á puñaladas. Este crímen le fué sin embargo perdonado por Pablo III, que le acordó su gracia y le encargó trabajos importantes; y el fogoso artista se ocupaba activamente de ellos, cuando uno de sus oficiales le acusó de haberse apropiado algunas de las pedrerías del tesoro pontifical que le fueron confiadas durante el sitio de Roma. Pablo III perdonaba fácilmente un homicidio, pero no era de tan fácil acomodo cuando se trataba de su tesoro. Ademas, Pedro Luis Farnesio, hijo del papa, era mortal enemigo de Cellini; y estas circunstancias reunidas eran mas que suficientes para perder al artista.

« Una mañana, dice en sus memorias, habia yo salido á dar un paseo, y dirigiéndome por la via Julia, volvia la esquina de la Chiavica, cuando el *bargello* Crespino, con su banda de esbirros, vino á mi encuentro y me dijo :

— Date á prision en nombre del papa.

— Crespino, le respondí : ¿Tú me tomas por otro?

— No, me replicó, tú eres Benvenuto Cellini : te conozco perfectamente, y tengo órden de conducirte al castillo de San Angelo, donde solo van los nobles y las personas de tu mérito.

Cuatro de sus agentes se echaron entonces sobre mí y querian quitarme por fuerza la daga que llevaba al cinto, cuando Crespino añadió : « Que nadie le toque : haced vuestro oficio impidiendo que se fugue, y nada mas. » Luego acercándose á mí, me pidió cortesmente

las armas. Entreguéselas de buen grado, y en aquel instante reconocí nos hallábamos en el mismo sitio donde yo habia matado á Pompeo. En seguida me condujeron al castillo y me encerraron en un calabozo en lo mas alto de la torre principal. Esta fué la primera vez de mi vida que me ví preso, y contaba á la sazon treinta y siete años. »

No le fué difícil á Benvenuto justificarse del crímen de que le acusaban; pero á pesar de esto le retuvieron en prision, sin que le valieran tampoco las instancias de Montluc, embajador de Francia, que lo reclamó en nombre de Francisco I.

El gobernador del castillo de San Angelo, que era florentino, procuró endulzar la suerte de su desgraciado compatriota, prodigándole las atenciones que eran compatibles con su deber, y le dejó cierta libertad en el recinto de la fortaleza, exigiendo únicamente su palabra de que no intentaria fugarse. A los pocos dias sin embargo, bastó una ligera sospecha para que le encerrasen estrechamente, y algun tiempo despues le volvieron á otorgar una libertad relativa.

« Cuando yo ví marchar así las cosas, dice Benvenuto, y que la esperanza de mi libertad eran tan problemática como la causa que me retenia en la prision, empecé á considerar mi situacion mas sériamente, y me dí á buscar un medio de salir de ella por mí mismo. La principal dificultad por el momento, era mi palabra empeñada; pero consideré que si un nuevo acceso de desconfianza ó de mal humor hacia que el gobernador me encerrase por segunda vez, esto me libraba de mi empeño y me dejaba árbitro de intentar mi evasion. Desde que concebí esta idea empecé á preparar los medios de realizarla. Habian empezado á darme sábanas nuevas, mas gruesas que de ordinario, y yo aproveché la ocasion para no devolver algunas de ellas. Cuando los carceleros me las

Fuí dividiendo las sábanas en tiras.

pedian, yo pretestaba haberlas dado á algunos pobres soldados de guardia. y les suplicaba no dijesen nada, pues si llegaba á saberse se les exponia á ir á galeras. Vacié poco á poco el jergon de mi cama, que debia servirme de escondrijo ; teniendo cuidado de quemar la paja en la chimenea de mi calabozo; y despues fuí dividiendo las sábanas en tiras de una tercia de ancho (20 cent.), y anudándolas sólidamente por los extremos, hasta que juzgué habria un largo suficiente para llegar al pié de la torre.

« El gobernador estaba afectado de una singular enfermedad que turbaba completamente su razon, y que le atacaba en ciertas épocas del año, especialmente en la primavera. La crísis se anunciaba dándole una comezon de hablar que le hacia charlar y gritar de contínuo; y luego se manifestaba una manía cualquiera, nueva cada año. Esta extraña aberracion era mas ridícula que peligrosa. Así, una vez se figuró que era una rana, y saltaba y cantaba como este animal, de la manera mas cómica del mundo. En otra ocasion se creyó muerto, y pedia á voces que le enterrasen. De ese modo se manifestaba cada vez una nueva locura. Este año, y en la época de que voy hablando, no dejó de presentarse la crísis. Se imaginó que era un murciélago, y se le veia vagar entre dos luces por el castillo, imitando á media voz el chillido de esa ave nocturna, y agitando el cuerpo y los brazos como si tratase de tomar el vuelo. Su médico le visitaba con frecuencia, y sus criados no le dejaban un punto, procurándole toda clase de distracciones; y como viesen que mi conversacion le era agradable, me venian á buscar con frecuencia para que le hiciese compañía. Una tarde me preguntó si no me habia venido nunca á la imaginacion la idea de volar ; y habiéndole respondido afirmativamente, quiso saber cómo haria para conseguirlo. Le repliqué que de todos los volátiles,

el único que podia imitarse artificialmente era el murciélago. Al oir el pobre insensato este nombre que respondia tan perfectamente á su idea fija, dió un gran grito y exclamó : « Sí, sí, es verdad, ¡eso es! ¡eso es! » Y volviéndose hácia mí, añadió : — « Díme, Benvenuto; si te diesen lo necesario para volar, podrias hacerlo? — « No tiene duda, le contesté, si me dejais libre, soy capaz de volar hasta Prati con un par de alas enceradas que me fabricaré yo mismo. » — ¡ Y yo tambien ! yo tamtien podria hacerlo, dijo el gobernador ; yo podria hacerlo con menos trabajo, y acompañarte ; pero el papa me ha encargado te guarde como las niñas de mis ojos : y como veo por esto que eres un verdadero diablo, y que, sin ser murciélago, serias capaz de escaparte, voy á hacerte encerrar mas estrechamente y de modo que no puedas volar. — Yo le supliqué no lo hiciese, arguyéndole que si me quisiera escapar, ya lo habria hecho, pero que estaba retenido por mi palabra ; y le pedí por el amor de Dios y en nombre de las bondades que me habia dispensado, no añadiese un nuevo é inútil rigor á lo que yo ya sufria. Nada quiso oir, y me mandó atar y conducir al calabozo que debia ser cuidadosamente cerrado. Viendo que no habia remedio, le dije al salir, en presencia de todos : «Hacedme encerrar bien y guardadme bien, pues os advierto que me escaparé á pesar de todo.» Con esto me condujeron á la prision donde fuí estrechamente encerrado.

»Desde que me ví en ella, ya no pensé en otra cosa que en los medios de evadirme. Examiné detenidamente mi calabozo, y creyendo haber encontrado modo de salir de él, saqué las tiras que habia hecho de las sábanas y las medí á palmos, calculando si su extension seria suficiente para descender de la altísima torre del Mastio donde me hallaba encerrado. Satisfecho de mi cálculo, y todo arreglado por esta parte, saqué del jergon unas

grandes tenazas que algunos dias antes habia hurtado con maña al carpintero del castillo, y me puse á tantear los clavos que sujetaban los pernios de la puerta. Aquí tropecé con una dificultad harto grave. La puerta era de doble espesor y no se veia de consiguiente el remache de los clavos ; así me costó infinito trabajo arrancar el primer clavo que ataqué como ensayo. Al fin conseguí sacarlo, y entonces me puse á reflexionar cómo haria para que no se notase su falta. No tardé en hallarlo. Amasé un poco de cera con el orin que me dejaba el hierro, y así obtuve una pasta con la que imité perfectamente las cabezas de los clavos que reemplazaba en los agujeros á medida que los fuí sacando.

» Dejé todos los pernios sujetos por los cuatro extremos, con los mismos clavos que habia arrancado, y que volvia á colocar despues de recortarlos ; quedando así la puerta con toda su aparente solidez, pero fácil de abrir á un momento dado. Todo esto fué ejecutado con lentitud y gran dificultad, porque el gobernador, que soñaba todas las noches que me habia escapado, enviaba frecuentemente á visitar mi calabozo, y no me dejaban un momento tranquilo. El hombre encargado de esta visita tenia un nombre propio de sus maneras y oficio : se llamaba el Bozza (nombre que significa á la vez joroba y embuste), y venia siempre escoltado de un tal Giovanni, apodado el Pedignone (el sabañon). — Este era soldado y Bozza carcelero. El Pedignone no venia una vez á mi calabozo que no me dijese una injuria. Era de Prato y habia sido mancebo de botica en su pais ; de modo que no le faltaba cierta inteligencia, y se me hacia temible porque examinaba siempre con cuidado y minuciosidad el calabozo. Cada vez que entraba, yo le decia : « Mira bien, examínalo todo, Pedignone ; no descuides nada, porque me voy á escapar. » Y me reia á carcajadas. — Estas bromas exasperaban á Giovanni, que

me tomó grande ojeriza. Así tenia yo mucho cuidado en ocultar en el jergon todos mis útiles y aprestos, tanto las tenazas como un puñal de buena dimension y otros objetos análogos. Apenas me levantaba, barria mi cuarto, — pues siempre me ha gustado el aseo — y luego hacia con gran esmero la cama, adornándola con flores que me traia todas las mañanas el carpintero, que ya he citado á propósito de las tenazas, y que se habia hecho muy amigo mio. Cuando llegaban Bozza y el Pedignone, les prohibia tocar á mi lecho ó desarreglar las flores, y si alguna vez intentaron hacerlo por burlarse de lo que ellos llamaban mi manía, me libraba pronto de ellos fingiendo una gran cólera, y desatándome en imprecaciones y denuestos. — «¿Quereis privarme, miserables, — les decia, — de la única distraccion que me consuela en mi soledad? ¿Teneis un placer en torturarme?... Pues sabed que tengo en muy poco la vida, y que si me obligais á ello, con vuestras propias espadas os daré vuestro merecido.» — Inmediatamente transmitieron estas palabras al gobernador quien les prohibió expresamente tocar á mi lecho, y venir armados al calabozo; recomendándoles no obstante el mayor celo y vigilancia. Asegurado de este modo mi escondite, lo demas me pareció cosa fácil, pues toda mi empresa dependia de esto.

» Una noche (recuerdo era domingo), el gobernador se encontró peor que de costumbre: la crísis redobló de intensidad, y en el exceso de su locura repetia sin cesar á sus criados que era un murciélago, y que si llegaban á saber que Benvenuto se habia escapado que se lo dijesen, pues él me cogeria pronto, porque de noche podia volar mejor que yo. — Benvenuto, añadia, no es un verdadero murciélago como yo, dejadme hacer y vereis como no se me escapa.» Esta nueva crísis duraba ya hacia muchas noches, y sus criados estaban muertos de fatiga. Todos estos detalles los supe por el carpintero

mi amigo, que habia venido á hablarme por la rejilla del calabozo, y al saberlos, juzgué la hora propicia y resolví evadirme esta noche á todo trance. Empecé por encomendarme devotamente á Dios, suplicando á su divina Magestad me ayudase y defendiese en esta peligrosa empresa, y animado de un nuevo ardor despues de esta oracion, me puse á arreglar y concluir mis aprestos de fuga. Dos horas antes de amanecer, arranqué por completo los pernios de la puerta, y la saqué no sin gran dificultad de su marco, á causa del cerrojo. Al fin logré abrirme paso, y cogiendo las tiras de sábana que habia enrollado en dos palos como en unas devanaderas, salí y me dirigí á la plataforma de la torre. Yo llevaba un justillo blanco, con calzas del mismo color, y unos borceguíes altos, en uno de los cuales coloqué mi puñal. Busqué sitio á propósito, y hallando un canalon de hierro empotrado en el muro, até sólidamente una de las tiras de lienzo á su extremidad, é invocando de nuevo la ayuda y proteccion de Dios, me suspendí y empecé á descolgarme lentamente. No me detendré á describir todas mis angustias y los graves riesgos que corrí en esta peligrosa bajada. Mil veces mis manos se deslizaron, impotentes ya para sostenerme; mil veces un vértigo siniestro se apoderaba de mí y tenia que cerrar los ojos; en fin, gracias á mi fuerza física y á la energía que me prestaba la desesperacion, pude llegar sano y salvo á tierra. Cuando ya al pié de la torre, levanté los ojos y medí maquinalmente el espacio que habia recorrido, me pareció imposible haber bajado de tanta altura y me estremecí de mi temeridad. Pero al cabo me veia libre, — así lo creia al menos, — y el sentimiento de mi libertad me volvió pronto mi presencia de espíritu. Corrí gozoso hácia el punto de salida que yo creia daba fácil acceso al campo, pero grande fué mi sorpresa al hallar cerrado el paso y mi empresa casi frustrada.

» El gobernador habia extendido por este lado las dependencias de su habitacion, edificando nuevas caballerizas encerradas en un patio cuyas tapias eran bastante altas. Tanteé las puertas y ví que estaban cerradas exteriormente. Desesperado de no poder salir de allí, comencé á marchar de un lado á otro discurriendo en los medios de salir de tan crítica situacion, cuando tropecé con una gran viga cubierta de paja que se hallaba en medio del patio. Levantéla, no sin gran trabajo, y arrimándola á un ángulo de la pared, subí por ella ayudándome con piés y manos hasta la cresta del muro. Me puse en él á horcajadas y tiré con todas mis fuerzas de la viga; mas viendo que por su gran peso no me era posible traerla á mí y pasarla al otro lado, até á su extremidad la segunda tira de lienzo que conservaba, y me deslicé al exterior. Mi fatiga al llegar al pié de la tapia era tal, que tuve que sentarme y reposar algunos momentos: tenia las manos desolladas y cubiertas de sangre y mis piernas apenas podian sostenerme. Habiendo descansado un poco, sentí renacer mis fuerzas, y me dirigí con precaucion hácia el último recinto de la fortaleza, por la parte que mira á Prati, y cuyas murallas, segun habia podido observar, eran de poca altura. Ya allí, y como la noche era bastante clara, aunque sin luna, me fuí deslizando de almena en almena en busca del paraje menos alto, y al volver un ángulo de la cortina, iba á pasar adelante, cuando ví cerca de mí un centinela. Volví instintivamente hácia atrás, y tal fué mi temor de haber sido descubierto, —aunque el silencio é inmovilidad de aquel soldado debió hacerme congeturar que no me habia visto, — que perdí la cabeza, y sobrecogido de un terror pánico, me arrojé irreflexivamente por la muralla. La caida fué terrible y el golpe tal que quedé extendido por tierra sin conocimiento.

» Al apuntar el dia, el fresco de la mañana me hizo

Se echaron sobre mí y me mordieron cruelmente.

volver en mí, aunque sin conciencia de mi posicion y sin la memoria de lo que me habia pasado. Sentia vivísimos dolores y poco á poco fuí recobrando el sentido, y al verme fuera de la fortaleza recordé todo lo que habia hecho. Llevé las manos á la cabeza y las retiré ensangrentadas; — entonces me examiné con cuidado todo el cuerpo y ví que no tenia lesion grave, pero al querer levantarme reconocí que me habia dislocado un pié. No me desanimé por esto, y desgarrando mi pañuelo, me vendé como pude el pié, y arrastrando sobre las rodillas llegué á las puertas de la ciudad que se hallaban á mas de quinientos pasos del sitio en que habia caido.

» Ya en las calles de Roma, fuí avanzando con mas celeridad de lo que mi estado permitia, á fin de hallar un abrigo antes de que empezasen á circular las gentes; pero como si todo se hubiera conjurado en mi daño, una bandada de perros dió en perseguirme, se echó sobre mí y me mordieron cruelmente. Yo me defendí con mi puñal, y habiendo herido á algunos, logré ahuyentarlos, y continué penosamente mi camino dirigiéndome hácia la iglesia de la Traspontina.

» Volví la esquina de la calle de San Angiolo, mas como el dia avanzaba y temia á cada instante ser descubierto, aproveché el encuentro de un aguador que se dirigia con su asno hácia la vecina fuente, y llamándole, le supliqué me tomase en hombros y me condujese hasta la escalinata de San Pedro. — « Yo soy, le dije, un pobre jóven que, por salvar el honor de una dama, se ha arrojado desde su balcon á la calle. Me he roto al caer una pierna, y como la casa de donde salgo es de una poderosa familia, temo que si me descubren no me vaya la vida en ello. Sálvame, añadí, y te daré un escudo de oro por tu trabajo. » Y añadiendo la accion á la palabra, le dí el escudo prometido. El aguador no dudó un instante en servirme, y tomándome en brazos, me condujo á la

escalinata. Tan luego como desapareció me arrastré de nuevo, atravesando la plaza en direccion del palacio del duque Ottavio, que no estaba distante. La duquesa su esposa era hija del emperador, y habia estado casada en primeras nupcias con el duque Alejandro de Florencia. Yo sabia que muchos de mis compatriotas y amigos habian venido á Roma con esta excelente princesa, y que ella en muchas ocasiones habia manifestado tenerme en grande estima.

» Me dirigia, pues, hácia el palacio de Su Excelencia, donde habria estado en completa seguridad, y me creia ya con razon libre de todo riesgo. Pero como lo que yo acababa de hacer parecia superior á las fuerzas de un hombre, y que sin duda Dios no queria dejarme esta vanagloria, ó mas bien acaso, que no creyese que habia purgado suficientemente mis culpas, un incidente al parecer propicio vino á cerrar el paso á mis proyectos y á prepararme nuevas persecuciones.

» Atravesaba la plaza arrastrándome, como he dicho, sobre las rodillas, cuando fuí reconocido por un familiar del cardenal Cornaro, que vivia en el Vaticano. Inmediatamente este hombre corrió á la cámara del cardenal, le despertó y le dijo : — « Monseñor, vuestro protegido Cellini está abajo. Acabo de verlo arrastrándose por la plaza como si estuviera herido ó se hubiese roto las piernas. Sin duda se ha escapado de San Angelo. — Corred, dijo al oir esto el cardenal, id pronto y conducidlo aquí al instante. Decidle que quiero hablarle. » — Cuando me condujeron á su presencia y le hube contado mi evasion, me dijo que no tenia nada que temer á su lado, y enviando á buscar á su propio médico, me hizo poner en un cuarto reservado del palacio, y pasó á ver al papa y á pedirle mi gracia.

» Entretanto corria ya en Roma el rumor de mi evasion. Descubiertas con el dia las tiras de lienzo que pendian aun de la alta torre de San Angelo, toda la poblacion iba á verlas, no queriendo creer un hecho tan extraordinario. El cardenal Cornaro, habiendo encontrado en el Vaticano al señor Roberto Pucci, le contó los detalles de mi evasion, confiándole el secreto de mi retiro, y ambos fueron á echarse á los piés del papa, que les dijo antes de dejarlos hablar : — « Ya sé lo que venís á pedirme. — Santísimo Padre, dijo entonces el señor Pucci, venimos en efecto á pedir á vuestra Santidad la gracia de ese eminente y desgraciado artista. Su mérito reclama en su favor, y el hecho mismo de su evasion, en la que ha mostrado una inteligencia y un valor extraordinarios, merece se le perdone. Suplicamos á vuestra Santidad le acuerde su gracia, si toda vez su delito no es de tal gravedad que lo impida. » — Pablo III se ruborizó al oir estas palabras y contestó que solamente me habia tenido en prision mi carácter presuntuoso; « pero como su mérito, añadió, nos es conocido, y queremos retenerle á nuestro lado, hemos resuelto ya su perdon. Decidle que siento se halle tan enfermo; que se cure lo mas pronto posible, y despues ya le haremos olvidar todo lo que ha sufrido. »

» Los dos altos personajes vinieron luego á comunicarme tan buenas noticias, repitiéndome las palabras que habia dicho el papa [1]. »

El gobernador vino tambien á preguntarle si no le habia ayudado alguno en su fuga.

1. Aquí Benvenuto, continuando esta parte de sus memorias, hace decir á Pablo III, que él mismo, en su juventud, se habia evadido del castillo de San Angelo; y dá como cosa conocida la causa de su prision y los detalles de su salida de ella. Pero como las fechas no concuerdan con los hechos que afirma Cellini, hay motivo á dudar, tanto mas, que en ninguna parte hallamos vestigios de estos hechos, harto importantes en la vida de un papa, y sobre todo de un papa como Pablo III, para que la historia haya podido pasarlos en silencio.

« Vuelto á la presencia del papa, continúa Cellini, le contó todo lo que sabia de mi boca, delante del señor Pedro Luis Farnesio, su hijo, —como dejo dicho en otro lugar, mi mas encarnizado enemigo. — Todos los circunstantes manifestaron su admiracion, y el papa exclamó : — « ¡Es un hecho verdaderamente prodigioso! —Y sobre todo de una audacia inconcebible, añadió el señor Farnesio; —no hay mas que dejarle en libertad, y vuestra Santidad verá hasta donde llega su osadía... Como comprobante de ello solo contaré una de sus mas inocentes hazañas. Poco antes de su encarcelamiento en el castillo de San Angelo, á consecuencia de una discusion con el sobrino del cardenal Santa Fiore, en la que toda la violencia estuvo de parte de Cellini, el cardenal, instruido de ello, dijo que si él se mezclaba en el asunto, curaria de una vez para siempre la locura del escultor. Benvenuto lo supo, y, como el palacio del cardenal está enfrente de su taller, un dia que su eminencia se hallaba á la ventana, vuestro Cellini tomó un mosquete é iba á tirar sobre él, cuando advertido á tiempo el cardenal, pudo retirarse. Benvenuto entonces, para disimular su intencion, tiró sobre una paloma que posaba sobre un tejado del palacio, y, cosa increible, le llevó la cabeza con la bala. — Ahora, vuestra Santidad puede hacer lo que quiera, pero ya queda advertido; y si este hombre, que se dice víctima de una injusticia, pretende un dia ú otro vengarse, no creo que su carácter feroz se detenga ante consideracion alguna. Ya se le ha visto asesinar á Pompeo en medio de Roma y rodeado de sus amigos. » —El caballero Santa Fiore, que estaba presente, confirmó cuanto Farnesio acababa de contar.

» Esta conversacion produjo una impresion fatal en el ánimo del papa. El cardenal Cornaro vino dos dias despues á pedirle una mitra para uno de sus familiares, el señor Andrés Centano, á quien se le habia ya prometido

para la primera vacante. El cardenal recordó á Pablo III su promesa y este le contestó : — « Es cierto, he dado mi palabra, y vuestro protegido puede contar con lo que solicita; solamente... yo tambien quiero una cosa, y es que me entregueis á Benvenuto. — ¡Cómo, santísimo Padre! ¿despues de haberme acordado su gracia y su libertad?... ¿Qué dirá el mundo de nosotros? — Nada, nada, replicó el papa; vos quereis vuestro obispado y yo á Benvenuto. Dejad al mundo que diga lo que quiera. — Acepto el obispado, respondió el cardenal, sin condicion que me obligue. Vuestra Santidad puede ordenar en lo demas lo que juzgue justo y conveniente. — Yo enviaré á buscar á Benvenuto, dijo el papa algo confuso de faltar así á su palabra : —le haré preparar alojamiento en los cuartos bajos de mi jardin particular, donde será perfectamente tratado y podrá recibir á sus amigos. » —El cardenal volvió á su habitacion y me envió á decir por su familiar Centano lo que el papa exigia. Yo le contesté exponiéndole todo el peligro á que me entregaba retirándome su intervencion amistosa : que tuviese en cuenta me habia fiado á su proteccion, y que puesto que esta no podia serme eficaz, le suplicaba me hiciese conducir al palacio del duque Ottavio, donde hallaria mas seguro refugio.

» El cardenal se hubiera sin duda prestado á la ejecucion de mi proyecto, sin la fatal mediacion de Andrés Centano, que interesado como lo estaba en el negocio, prefirió perderme á perder su obispado. Así avisó de todo al papa que envió á buscarme inmediatamente. »

Perfectamente tratado durante algun tiempo en su nueva prision, Cellini fué enviado poco despues á Torre di Nona, y en seguida reintegrado de nuevo en San Angelo. El gobernador, mas maniático cada dia, y resentido ahora de la pasada que le habia jugado Benvenuto, le hizo encerrar en un calabozo subterráneo donde apenas

penetraba la luz, y donde permaneció cuatro meses sin otro medio de distraccion que la lectura de la Biblia y de las Crónicas de Villani que le facilitó el gobernador. Este pobre hombre enfermó tan gravemente durante este intervalo, que sintiendo cercano su fin y atribuyendo su muerte á Benvenuto, redobló de crueldad con él y le hizo trasportar á un calabozo mas profundo, verdadero *in pace*, donde habian hecho morir de hambre á cierto predicador llamado Foiano. Sin embargo, los amigos de Cellini no permanecian inactivos. Montluc, el embajador francés, pedia cada dia con mas instancia la libertad del artista en nombre de Francisco I. El mismo gobernador de San Angelo, vuelto á la razon pocos dias antes de su muerte, lo recomendó eficazmente á Pablo III; y en fin, el cardenal de Ferrara, á su vuelta de la legacion de Francia, habló de tal modo en favor del artista, que el papa se decidió á devolverle la libertad. El cardenal se hizo dar las órdenes necesarias, y él mismo envió á buscar á Cellini, que salió esta vez del castillo de San Angelo para no volver á entrar jamás.

MARÍA ESTUARDO.

(1568.)

Luego que los lores escoceses confederados, á quienes María Estuardo habia sido entregada prisionera despues de su derrota de Carberryhill, hubieron decidido resueltamente destronarla y que permaneciera en prision, la hicieron encerrar en el castillo de Loch Leven, situado en una isla del lago de su nombre. Esta fortaleza fué escogida no solamente por su posicion ventajosa, sino porque en ella debia encontrar la real cautiva una vigilancia mas eficaz é incesante, puesto que iba á estar bajo la guarda de su mortal enemiga Margarita Erskine, madre de William Douglas, el poseedor actual de Loch-Leven. Esta mujer implacable habia tenido de sus amores con Jacobo V, un hijo que se obstinaba en considerar como legítimo heredero de la corona de Escocia, y veia de consiguiente en María Estuardo la usurpadora del rango y de la fortuna que le pertenecian. Al resentimiento que su desmedido orgullo y su burlada ambicion suscitaban en ella, se añadia su intolerancia religiosa: era presbiteriana, y su fanatismo, unido á su rencoroso carácter, la constituian en un terrible guardian para la pobre reina.

Despues de haber sido obligada por la violencia á abdicar la corona en favor de su hijo, María Estuardo fué sometida á una completa incomunicacion, por temor de

que dirigiese sus reclamaciones á los soberanos extranjeros, ó de que concertase su evasion con los numerosos amigos que tenia en Escocia. Encerrada en el estrecho é incómodo aposento de uno de los torreones de la fortaleza, y en medio de un islote donde no se podian andar cien pasos, no la era permitido ni aun escribir sino es durante el sueño de sus carceleros, que, por un exceso de precaucion, hacian dormir sus hijas en el mismo aposento de la reina.

Pero todas estas precauciones, dice M. Mignet, debian ser insuficientes. La belleza de María, su irresistible atractivo, y hasta sus mismas desgracias, ejercian un poder extraordinario sobre todos los que se le acercaban. Uno de los hijos de Margarita Erskine, Jorge Douglas, hermano uterino del regente Murray, no pudo resistir, como tantos otros, á esta influencia; y conmovido y subyugado y al fin ardientemente apasionado de la seductora cautiva, que no desanimó sus esperanzas, resolvió librarla de la prision. — Un dia que logró adormecer la vigilancia de su madre, hizo salir á María Estuardo del castillo, vestida con el traje de la lavandera que traia la ropa á Loch Leven. A favor de este disfraz, la prisionera pasó por todas las puertas sin ser conocida, y se embarcó en la lancha que debia conducirla á la orilla opuesta, donde la esperaban Jorge Douglas y algunos de sus partidarios. Ya se creia en salvo, cuando, en medio de la travesía, uno de los barqueros que pensaba dirigirse á una muchacha de su condicion, empezó á tomarse con ella algunas libertades, y, chanceándose, quiso levantarla el velo. María llevó vivamente la mano para impedir que vieran su rostro, y el barquero, al notar la blancura y belleza de aquella mano, adivinó que era la reina á quien conducia. Ella no se desconcertó al verse descubierta, y ordenó imperiosamente á los barqueros que bajo pena de muerte la condujeran á la otra orilla;

pero ellos, que temian mas la severidad del laird de Loch Leven que las amenazas de una reina destronada, la volvieron á la fortaleza.

Despues de esta desgraciada tentativa del 25 de marzo, el rigor y la vigilancia redoblaron en Loch Leven; Jorge fué desterrado de la isla y privado de todo medio de accion para llevar á cabo su proyecto; pero él supo conservar inteligencias con el castillo, por medio de un jóven pariente de quince á diez y seis años que servia á su madre en calidad de paje.

La prisionera desesperaba ya absolutamente de recobrar su libertad : las precauciones se multiplicaban al rededor de ella, y la vigilancia era incesante. Sin embargo, ella pudo escribir y dirigir sus misivas en todas direcciones en busca de un apoyo, y así envió diversas cartas á la reina Isabel, á Catalina de Médicis y á Cárlos IX, suplicándoles le prestasen proteccion y ayuda. Mas en el mismo momento en que se creia condenada á una prision perpétua, Jorge Douglas con ayuda de su primo, el jóven paje, preparaba su evasion, mientras que los Seaton y los Hamilton, avisados por él, reunian á sus partidarios y se preparaban para ir á recibir á la reina á su salida del castillo.

El domingo 2 de mayo de 1568, fué escogido para esta segunda evasion, mejor concertada que la primera.

La comida se hacia en comun en Loch Leven: y mientras que todo el mundo estaba á la mesa, el castillo permanecia cerrado y las llaves se ponian al lado del castellano. Durante la cena de este dia, el pajecillo Douglas que servia al laird, al quitar y poner los platos, logróapoderarse de las llaves : y como al levantarse de la mesa todos se recogian, en especial el castellano, que se retiraba de costumbre un si es no es turbado por los vapores del vino, el paje esperó que estuviesen entregados al sueño, y sacando á María y á su camarera de la

torre, cerró al salir las puertas del castillo para impedir que los persiguiesen, y entrando en un esquife amarrado al pié de la roca, remó vigorosamente hasta la opuesta orilla, arrojando de paso en medio del lago las llaves del castillo. Antes de empezar su aventurado viaje, el jóven, siguiendo sus instrucciones, habia colocado una luz en una ventana, que debia servir de aviso y noticia de buen éxito á los amigos de la reina.

Lord Seaton y muchos deudos y amigos de la familia Hamilton los esperaban en el lugar de desembarco. La reina montó inmediatamente á caballo, y dirigiéndose á toda prisa hácia Niddry, residencia de Seaton en el Lothian occidental, reposó allí algunas horas, y partió despues para el castillo fortificado de Hamilton. Allí fué recibida por el arzobispo de San Andrés, y por lord Claude, que salió á su encuentro con cincuenta caballos.

La noticia de esta evasion, — dice Walter Scott, se esparció en Escocia con la rapidez del rayo, y por todas partes fué acogida con entusiasmo. El pueblo recordaba la afabilidad, las bondades y las desgracias de María, y si pensaba en sus errores, era para decir que estaban demasiado castigados. El domingo, María Estuardo era una triste prisionera abandonada de todos en una torre solitaria, y el sábado siguiente se encontraba á la cabeza de un poderoso partido en el que se contaban nueve condes, ocho lores, nueve obispos, y numerosa cantidad de nobles y caballeros ligados para defenderla y sentarla de nuevo en el trono. Pero esta esperanza, como el fulgor de un meteoro, brilló solo un instante.

Las llaves arrojadas en el lago por el paje Douglas, fueron encontradas en 1805 por un pescador, y se hallan depositadas en Kinross. Aun llaman hoy en el pais *Mary's Knowe* (eminencia de María), el sitio en que desembarcó la reina fugitiva en la orilla meridional del lago de Loch Leven.

Remó vigorosamente hasta la opuesta orilla.